

MY CHEMICAL ASEXUAL LOVE

POLY GODOY
@PORILAND

Ilustrado por: **Springkolors**

Latidos
EDITORIAL

©Latidos Editorial

Tercera edición en Chile, enero 2026.

ISBN: 978-956-09673-2-9

Todas las ilustraciones en el interior y exterior del libro pertenecen a:

©2023, Catalina Giselle Toloza Espinoza /Springkolors

Editora:

Cecilia Catalina Ormeño Torres

Diseño y diagramación:

Catalina Giselle Toloza Espinoza

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en: Gráfica LOM.

Tipografía: Biblioteca.

NOTA DE AUTORA:

Hola, hola.

Aquí estamos de vuelta, nada más y nada menos que con un pedacito de este par que tanto me gusta.

Es común que me pregunten qué es de Adam y Gael en el futuro. He de confesar que, en algún momento, no veía del todo factible su relación; sin embargo, con el tiempo pienso en ellos y los veo juntos, con altos y bajos, pero juntos.

Léanlo ustedes mism@s.

A DONDE SEA, PERO CONTIGO

Un vistazo a la vida de Gael y Adam años más tarde

Cuando Gael Sorní abrió la puerta, se veía nervioso. Traía bien agarrada la bolsa de papel entre su brazo y su torso. Nervioso y cuidadoso, como si tuviera miedo de dar un paso en falso. Sin embargo, Adam Baek lo vio como al mismo chico a quien siempre quiso proteger de cualquiera que quisiera dañar su corazón. Sus ojos, una de las partes favoritas de todo su cuerpo, brillaban con cautela mientras aún tenía las llaves metidas en la cerradura.

Gael no solo se veía nervioso, también se sentía así. Con el estómago apretado, se afirmaba de la puerta como si de ese modo pudiera evitar que sus entrañas cayeran al piso junto con las cosas que había ido a comprar para prepararle su sopa *levanta muertos* a Adam. Él, por su parte, lo miraba desde el sillón con sus ojos adormilados y enrojecidos, al igual de su nariz, víctima de un resfrío que, Gael sospechaba, había sido causado por todo el estrés que acarreaba pensar en un posible cambio de casa. Pocas veces se enfermaba; sin embargo, cada vez que lo hacía, la fiebre envolvía su cuerpo adolorido. Al menos esta vez no tosía, pero sí lucía como un cachorro en medio de una noche fría, necesitado de abrazos y atención.

Claro, Adam nunca lo admitiría, a pesar de los seis años que llevaban juntos, ya que quería mantener esa imagen de chico estoico que tan bien le quedaba y de la que Gael se había enamorado. Ese chico serio e implacable en realidad solo quería a alguien con quien poder bajar la guardia, alguien que no lo juzgara, que le permitiera esconder la cabeza en su cuello, le acariciara el cabello y lo acompañara en silencio mientras sentía todo lo que estaba sintiendo.

Gael quería creer que eso era lo que él deseaba, pero Adam, después de una discusión por más banal que fuera, siempre se cerraba en esa coraza que no lo dejaba ni hablar. Adam Baek, que odiaba ver a Gael nervioso y temeroso, creía que decir cualquier cosa los volvería a atrapar en una discusión que no quería mantener. Ni él ni Gael, aunque era inevitable.

Los cambios siempre acarreaban dudas, incertidumbre, miedos. Ellos habían enfrentado muchos cambios desde el principio de su relación, cambios que los hacía ponerse uno al extremo del otro, a la espera de encontrar un punto de encuentro. Por desgracia, en esta ocasión, el punto de encuentro se veía dolorosamente lejano.

—No me pidas que deje mi vida atrás como si nada —le había dicho hace un rato, mientras buscaba en la cocina un tazón para servirse cualquier cosa caliente.

—No creo que sea eso lo que te estoy pidiendo. Esto es importante para mí. Además, ¿no fue eso lo que hiciste cuando dejaste tu ciudad para venir a vivir a esta?

—Cuando llegué a esta ciudad fue porque necesitaba libertad. —Se movía por la cocina arrastrando los pies, sin siquiera mirar a Gael—. Separarme un poco de mi familia para construir una vida nueva. Una que me gustara, y esta me gusta. ¿Por qué cambiarlo ahora?

—Solo son seis meses, tal vez un poco más.

—Entonces puedes ir sin mí.

Adam dejó de moverse y, por ende, Gael también. Sin darse cuenta, había estado siguiéndolo, pisándole los pasos por la estrecha cocina. A Adam lo detuvo lo categórica de su declaración, pero a Gael, lo había detenido la inercia y lo que significaban esas palabras.

Una vez quietos, el ambiente se volvió tenso.

—¿Lo dices en serio? —Gael tragó saliva. De pronto su boca se sentía seca y pastosa—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Tenerme al otro extremo del país por seis meses? ¿No vernos? —Adam no dijo nada, pero abrió y cerró sus manos como cada vez que algo le inquietaba—. Vaya. En algún momento pensé en lo que sentiría si terminabas conmigo; nunca lo imaginé de esta forma tan drástica, tan... fría...

—Dios, Gael, ¿cuál es la necesidad de dramatizar todo? Desde que empezamos a estar juntos siempre te dije que te daría libertad, espacio para que hicieras lo que quisieras.

—¡Pero quiero hacer lo que quiera *contigo*!

—¡Seguiré contigo si es lo que quieres!

Adam no levantaba la voz muy seguido.

—¿Y qué quieres tú? ¿De verdad dejarme ir seis meses?

—No lo sé, podría funcionar. No sería para siempre. Gael, las relaciones a distancia funcionan.

—Para mí no. No creas que esa es una buena idea, Baek.

Adam soltó un suspiro que hizo que las cortinas del departamento se agitaran y se pasó el dorso de la mano por los ojos. Sus ojos, que brillaban por la frustración o por la fiebre, fueron lo último que Gael vio antes de salir de casa.

Adam tampoco quería una relación a distancia. Se había acostumbrado a sentir el cuerpo tibio de Gael a su lado todas las noches, a sus constantes conversaciones luego de sus agitados días de trabajo, sus abrazos espontáneos por la mañana, las pecas que contaba al amanecer cuando despertaba primero y sus ojos color cobalto que se oscurecían cada vez que le pedía que lo tocara, que invocara un poco ese libido que solo él podía despertar.

«No es necesario, pero te quiero. Fuerte y lento».

Adam se había acostumbrado tanto al amor que físicamente le demostraba que presentía que, al tenerlo lejos, algo se descompondría, como esas viejas cintas VHS de sus películas favoritas, que justo en la mejor escena se arrugaban y saltaban la imagen, dejando solo ruido blanco y fragmentos distorsionados donde antes había claridad.

Aun así, pensar en dejar su vida, cambiar de rutina, le producía un cosquilleo incómodo, como el que le provocaba su alergia al chocolate. Gael había perdido su trabajo hace un poco más de un mes. Necesidades de la empresa, le dijeron, una mentira simple y funcional. En el fondo, lo agradecía. Trabajar en una oficina le agobiaba, por eso, incluso antes del despido, había llegado a casa con un folleto de una academia de aviación que llevaba tiempo mirando. Así comenzó todo. Quedar desempleado se sintió como una señal clara de lo que debía hacer con su futuro. Adam, en cambio, tenía un buen trabajo independiente y a distancia, que le daba libertad de tiempo y horario suficiente como para, incluso, hacer otras cosas. Pero eso no quería decir que podía mover toda su base de operaciones —que no era otra que el departamento que compartía con Gael— al otro lado del país. Quizás Gael creía que sí podía hacerlo, quizás *podía* hacerlo, pero Dios sabía cuánto le gustaba una vida sin cambios.

—¿Aún estás enojado? —dijo Gael por fin.

Adam soltó el control de la televisión. No quería hablar. Le dolía la garganta, la cabeza. Le dolía haberle pedido que se marchara sin él. Aun así, intentó romper el hielo para que al menos Gael entrara al departamento.

—Se estropeó el Blu-ray de *Lalaland*.

—¿Cómo? —Fue suficiente para que Gael sacara las llaves de la chapa y cerrara la puerta detrás de él.

Bien, tenían una oportunidad.

—No lo sé, tal vez la inundación del vecino humedeció los Blu-ray que estaban en ese mueble.

—¿Hay alguno más que no funcione?

Solo se encogió de hombros y se giró para ver el reflejo en la negrura de la pantalla. Se veía tan enfermo como se sentía y Gael, detrás del sillón, parecía inquieto, así que dejó de mirarlo.

—¿No... no está en ninguna plataforma?

—Me tocará pagar por ella.

Gael levantó una mano y le subió el gorro de la sudadera a Adam para cubrirle la cabeza y el cuello del frío. Sin embargo, su mano quedó a mitad de camino cuando Adam comenzó a toser.

—¿Tomaste algo?

Negó con la cabeza y volvió a encender la televisión, dispuesto a encontrar la película entre las aplicaciones que ya tenía.

Gael sabía que tocarlo no borraría la rabia y la pena que había quedado instalada en su pecho luego de sus palabras, pero quería comprobar algo.

—Adam...

Cuando este se giró, pudo colocar su mano en su frente. Tenía fiebre.

—Te prepararé una sopa, te hará bien.

Lo amaba tanto.

Adam lo amaba tanto.

Tomó su mano y le besó la muñeca, esperando que Gael entendiera que no estaba enojado. Que, a pesar de todas las discusiones que surgieron desde que se obsesionó con ese viejo sueño de infancia de ser piloto, entendía que su decisión no nacía del capricho. Lo entendía, pero quería cambiar de profesión, dejar atrás la ingeniería, y con ello moverlos de un extremo del país al otro para asistir a la escuela de aviación que había aceptado su postulación hacía un par de semanas. ¿Por qué esa? Tal vez no porque fuera la mejor, sino porque fue la única que le ofreció una beca que le permitía costear las clases. Todo gracias a la recomendación de un viejo amigo de su padre, un antiguo instructor de vuelo, el mismo que lo había visto de niño maravillarse con los aviones. Aquella oportunidad, inesperada y precisa, parecía una forma de cerrar el círculo que había comenzado años atrás, cuando descubrió su deseo de volar.

Así era Gael, él era agua que fluía como un río, mientras que él era un lago, quieto e imperturbable. Cambiar de vida cuando tenían la estabilidad que cualquier pareja soñaba le parecía una locura, como subirse a la montaña rusa más larga e intensa. Gael se sentía así, pero ¿no había confesado que sería capaz de subirse a cualquier montaña rusa si lo tenía a su lado?

Cerró los ojos cuando sintió la boca de Adam sobre la sensible piel de su muñeca. Llevaban años juntos y aún se excitaba con un solo roce, como la primera vez que lo había besado. Era un cosquilleo que había aprendido a controlar y acumular para dejarlo salir con muchos otros cuando Adam lo agarraba de las caderas para, en silencio, decirle cuánto quería demostrarle que lo deseaba con todo su cuerpo.

Se alejó, porque todo cosquilleo se esfumó cuando recordó que Adam prefería enviarlo al otro extremo del país en vez de intentarlo.

Los acordes de la primera canción sonaron mientras vertía agua caliente en una olla. La película continuó mientras él cocinaba. En algún momento sintió a Adam moverse por la casa para buscar una manta, preso del frío intensificado por el resfrío.

Cuando la sopa estuvo lista, la sirvió en un cuenco y volvió al sillón.

—Toma, de seguro es la mejor que he hecho.

En la pantalla, Sebastian espera a Mia con una cena sorpresa después de semanas sin verse. Adam recibió el cuenco, mientras escuchaba cómo se recriminan por el tiempo sin verse, por la distancia, por la falta del otro. Los huesos de su mano le dolían. Lo peor de un resfrío era el dolor de cuerpo.

—Gracias —dijo y la probó de inmediato.

El calor alivió su cuerpo, pero no tanto como lo podría aliviar la cercanía de Gael, quien se mantuvo a su lado mirando la pantalla, sintiendo lo mismo que él.

Dos cucharadas más y fue capaz de abrir la boca para hablar.

—No es enojo lo que siento.

Gael lo miró y, aunque no quería, hizo un puchero. Maldecía esa estúpida costumbre que tenía de convertir la rabia en tristeza.

—Pero todo esto te enoja, en general te molesta.

Adam dejó la sopa en la mesa de centro para estirar su mano e invitarlo a ocupar su lugar en el sillón.

—¿Quieres que terminemos igual que ellos? ¿Ser algo maravilloso que tenga un final? ¿Quieres darme tanta libertad como para terminar dejándonos porque seremos mejores sin el otro?

Quitó un mechón de su cabello para ver sus ojos deseando que esa discusión no hubiera sucedido para poder besarlo largo, lento, despacio.

—No, Gael, no. Quiero una vida contigo, lo decidí hace mucho tiempo. No pienso esperar a que la vida pase sin ti y te convierta solo en un capítulo de mi vida. No quiero un epílogo contigo, quiero una historia sin fin —cruzó sus dedos largos por la base de su cuello hasta bajarlos y buscar entre su

ropa ese lunar que le gustaba tanto—. Quiero planear, quiero atreverme todos los días, quiero intentar, quiero todo, todo si es contigo.

—¿Entonces por qué la opción es que me vaya solo?

Tragó saliva, su manzana de Adán se movió rápido atravesando su cuello, rasgando esa coraza y permitiéndole hablar.

—Porque tengo miedo de perder lo que ya tenemos. Te amo, pero debes entender que dejarte ir para que cumplas tus sueños también es parte de eso.

Gael se echó para atrás y chasqueó la lengua.

—No es verdad. Las cosas cambiarán. Estaré en una nueva ciudad, solo, y te extrañaré todos los días, a cada rato. ¡Te llegarán mensajes míos miles de veces al día! ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que soy tu mejor opción aquí y en cualquier lado?

—Exacto, aquí y en cualquier lado.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú y yo sabemos lo que nos ha costado llegar acá como para deshacernos de todo el amor que nos tenemos.

—Mierda, Baek, tu seguridad me aterra.

—Tú me aterras. Más que cambiar de vida, me aterra creer que no estás conforme con lo que tenemos. ¿Qué pasa si en seis meses te das cuenta de que soy solo un novio aburrido y huraño? ¿Qué pasa si conoces a alguien más y...?

—¡No lo digas! ¿Ves? No estás tan seguro como crees de dejarme ir así como así.

Adam volvió a atraerlo hacia él tomándolo por el cuello. Miró sus hermosos ojos, sus pecas, sus pómulos altos. El chico que había conquistado su corazón ahora era un hombre decidido y valiente.

—Siempre has sido libre.

—Libre y seguro de querer estar contigo. Podemos ser felices aquí y en cualquier lugar.

Adam contuvo el aliento. Él también tenía miedo de dejarlo ir, pero era lo que debía hacer. Tener una relación a distancia no le parecía tan descabellado, menos si era algo temporal. Quizás irse de golpe no era lo que necesitaba, dado el miedo que le provocaba dejar todo, incluido su trabajo, pero podría seguir sus pasos de manera paulatina y acostumbrarse a nuevas tierras si sabía que podía volver a su casa. Incluso creía que, si era de a poco, podría quedarse con Gael hasta que se graduara.

La idea nunca había sido tan clara como ahora. Solo necesitaba decírla en voz alta para dejarla brillar frente a él.

—Iré todos los fines de semana y poco a poco me tendrás despertándote todas las mañanas.

—¿Lo dices en serio? Será...

—De a poco, Sorní. Sabes que conmigo todo es más lento.

—Quiero besarte. Me muero por besarte, Baek.

—Puedes besarme aquí y en cualquier lugar.

Lo hizo. Gael sintió su beso como el aire más puro, como la primavera en su primer día soleado, como el agua del mar que acariciaba sus pies, como la brisa fresca en un día caluroso de verano.

Dejó que su lengua se abriera paso, que su cuerpo fuerte se inclinara sobre el suyo hasta que se recostó contra el sillón. Fue entonces que ambos dejaron que el beso terminara lento y Adam escondió su rostro en su cuello.

—No hemos cumplido aún los treinta, podemos permitirnos estas locuras —susurró cerca de su oído.

—¿Pagar boletos de avión semanales?

—Por ti, eso y más.

Gael sonrió y lo pegó más a él, haciéndole un espacio entre sus piernas. Habían llegado al punto medio.

—¿Me irás a dejar?

—Y a buscar.

—¿Atenderás...

—...todas tus llamadas.

—Y luego...

—Me mostrarás las ventajas de cambiarnos de ciudad.

—Son solo seis meses.

—Quizás Mochi se acostumbre en seis meses.

Su sonrisa se convirtió en una risa que, a pesar de ser leve, reflejaba toda la emoción que la conciliación provocaba.

—Te amo.

—Yo también.

Adam se removió sobre su pecho a causa de un escalofrío. Sintió cómo la mano de Gael volvía a su frente.

—Estás tan enfermo, tendré que cuidarte todo el día.

—Así es.

—Mírame.

Lo hizo y se volvieron a besar. Cualquier resfrío desaparecía cuando Gael lo besaba así.

Así de bien.

Él, solo él.

—Adam —dijo cuando se separaron—. ¿Te conté que soñé que te convertías en profesor? Tal vez en seis meses logres dar un paso hacia la docencia.

—¿Tú cumples tu sueño de ser piloto y yo abandono mi trabajo como analista químico?

—¡Te gusta dar clases, querías dar clases! Podría ser un trabajo a medio tiempo, junto al trabajo a distancia.

—Gael, ¿aún no te vas y ya estás planificando una vida nueva?

El chico se encogió de hombros con esa sonrisa que tenía que lo hacían lucir como el dueño de todo su futuro.

—A mí me parece un buen plan.